

CAPÍTULO XI.

LA VÍCTIMA.

Despedíanse, á eso de las nueve de la noche, cuando apenas acababa de borrarse la última luz en aquellos climas, donde los días cercanos al estío son de suyo largos, todos los convidados á la boda de Catalina y Santiago. Comprendiendo que debían satisfacer y respetar en los novios el natural deseo de quedarse á su amor entregados, y solos, concluyeron los ruidosos festejos á muy buena hora y abandonaron aquel sitio de felicidad. La casa nupcial, quedó, pues, á merced por completo de los dos amantes, para quienes el Universo todo se compendia entonces en sus respectivos corazones. Hasta el padre de Santiago y el padre de Catalina, fatigadísimos por todas aquellas ceremonias y aquellas recepciones, deseaban

dar á sus miembros algún reposo y se recogieron, así que todos se marcharon después de haber ambos á dos besado y bendecido al joven y hermoso matrimonio.

En estas dieron las diez, y Santiago y Catalina estaban aún á la puerta de su casa, como resistiendo por indeliberado instinto á la satisfacción de sus deseos. Olía el campo, como huele, por ley natural, en mediados de Mayo, á gloria. Cantaban los ruiseñores, como cantan cuando el amor inspira y mueve sus primeros gorjeos. Pasaba el arroyuelo ceñido de flores, desprendidas recientemente de los floridos árboles, bajo cuyo umbroso ramaje corría susurrando. Bajaba la luna de lo alto, y su faz repetíase amorosa en el cristal de las aguas, y sus argenteos y melancólicos rayos despertaban aromas en los cálices y en los pétalos, amores en los pechos y en los corazones. El silencio de la noche, sólo cortado por el rumor de arroyos y hojas y ruiseñores; el aroma que despedían desde los manzanos en su flor hasta las praderas en su reverdecimiento; el centelleo de la luna en el vago azul de los cielos; todo convidaba naturalmente al amor, y todo parecía dispuesto á la dicha de aquellos novios tan enamorados, y para quie-

nes guardaba naturaleza los mayores hechizos, correspondiendo con su placidez á la placidez de dos almas, en una sola confundidas y en su pasión absortas.

La joven, al verse ya sola con aquél, á quien había visto tantas veces desde lejos por el mismo sitio, y á tal hora; en vez de apresurarse á ir á su cuarto nupcial como Santiago deseaba, se quedó á contemplar un momento la plácida noche, cuya realidad excedía en mucho á sus ilusiones, á sus esperanzas, á sus ensueños. Pareciale que no volvería en ninguna otra noche de su vida, jamás á respirar un aire tan tibio; á ver una luz tan suave; á oír una melodía tan dulce; á experimentar por todo su sér una vida tan dichosa; y deseaba prolongar aquel momento, en el cual juntábanse á una en su alma recuerdos, presentimientos, esperanzas. Santiago, que la veía tan absorta, tomábale con cariño la mano derecha en su mano derecha, y cogiéndole con la izquierda el cuerpo y mirándola extático con un mirar profundo, la impulsaba maquinalmente á entrar en la casa; pero ella, maquinalmente también, se resistía, como si no comprendiera placer superior á oír aquellas melodías de la noche junto al sér querido á quien había

consagrado su existencia. Diríase que por impulsos ciegos y movimientos indeliberados, la inocencia, la virginidad, el amor primero, se resistían á pesar de las ilusiones, de los suspiros, de las miradas, de las palabras vagas, de las mil emociones purísimas antiguas; sin mezcla de placer material ninguno, verdadera explosión del alma en sus íntimos sentimientos, al tosco mundo de la viva realidad.

—Vamos, vamos,—decía Santiago sacudiendo el éxtasis de Catalina.

—Espera, espera,—decía Catalina ruborizada.

—Vamos, no aparezca por cualquier motivo algún importuno, y vuelva de nuevo la insufrible impaciencia sentida en toda esta jornada por quedarnos solos.

—Cuán hermosa la noche.

—¡Oh! hermosísima.

—No hay placer mayor que contemplarnos tranquilo uno al lado del otro.

—Hay mayor placer, Catalina,—dijo Santiago sonriendo.

—¿Te acuerdas la tarde aquella en que te vi por vez primera, cantando al pié de una colina cuyos ecos repetían tu canción?

—Me acuerdo, pero ante la realidad vi-

viente de esta noche se descoloran y se pierden todas esas memorias.

—Ya jamás nos separaremos. ¡Cuántas veces al irte, mis radiantes ojos, arrasados de inmensas lágrimas, te despedían por no poder darte un adiós mis labios embargados y mudos!

—Pero ya bien mío, no me dirás adiós nunca, porque pasaremos juntos los días, juntos las noches, juntos la vida; y al morir, dormiremos toda una eternidad en el mismo sepulcro, cual vamos á dormir ahora en la misma cama.

—¡Qué satisfacción había, ¿no es verdad? en una caricia robada con rapidez á la vigilancia de nuestros padres!

—Pero mayor satisfacción hay ahora en este abandono del uno al otro. Vamos, vamos adentro.

—Espera, espera.

—No seas caprichosa.

—Cuántas veces he soñado que iba contigo á desposarme ante los altares, y que ya desposada, recibía de tus labios el primer beso de casto y legítimo amor.

—Pues, ahora, no lo sueñas, Catalina, lo pasas realmente. Ahora eres ya mi mujer, y tendrás de mis labios besos más sabrosos

que los fingidos y soñados por la inocencia en el ardor de los deseos.

—Ya no volveremos jamás á separarnos. Nuestros cuerpos estarán desde hoy tan unidos como nuestras almas.

—Eso mismo, te estoy diciendo, Catalina, que no hay recuerdo en lo pasado ni presentimiento para lo porvenir, tan hermoso como este minuto supremo de nuestra boda. Vamos, pues, vamos á nuestro cuarto.

—Déjame contemplar la luna llena, que llueve sobre nosotros un rocío de luz, tan plácido y suave.

—Pues mira; yo no quiero contemplar nada más que tus ojos cerca de mis ojos, y no quiero sentir nada más que tus labios en mis labios. Ni siquiera me gusta, delante de la dichosa realidad que ahora tengo en mis brazos, convertir los ojos al recuerdo de nuestros primeros días de amor.

—Yo he pensado en tí siempre, al amanecer y al anochecer, al mediodía y á la tarde.

—Pues ahora ya no has menester pensar en mí, porque á tu lado me tienes, y el pensamiento carece de la fuerza y de la verdad que tiene la vida, y nuestras dos vidas se mezclan y corren juntas en una sola

por su propio impulso, hasta desaguar en la eternidad.

—Mira, he pensado tantas veces en tí, al resplandor de este cielo y de esta luna; le he dicho en mi desvarío á los árboles y á las flores, cuanto era por tí el amor de mi corazón; le he contado tantas veces á todo lo que nos rodea mi pasión; que antes de ser tuya para siempre, antes de recluirnos en nuestro cuarto nupcial, quiero que te vean conmigo, segura de que gozarán todos estos objetos, aunque inanimados, de mi felicidad; pues mil veces he creído que los ardores de mi amor le prestaban mi alma propia y los henchían con mi pensamiento y con tu recuerdo, amor y esposo mío.

—Vamos, vamos á nuestro cuarto.

—Cuantas veces, en nuestras ausencias he creído, aunque no te veía, oírte como se oye, sin verlo jamás, al ruiñen en el follaje y á la alondra en el aire.

—Pues ya me tienes aquí, á tu lado; y como aquí, á tu lado, me tienes ahora, ya no has menester para nada en este mundo tristísimo ni de recuerdos, ni de evocaciones, ni de vueltas á lo pasado, bastándote que viamos el uno para el otro, abandonados al exclusivo goce de nuestro exaltado y eter-

no amor. Vamos, vamos á nuestro cuarto.

—Mira, hoy se cambia por completo nuestra existencia. Y al cambiarse nuestra existencia, déjame detenerme un minuto ante los dinteles de la vida nueva en que voy á entrar.

—Nuestro amor ha sido hasta hoy, en la impaciencia del deseo, un amor sin reposo; y ahora será un amor tranquilo reposado como la feliz respiración de nuestro pecho, como la serena sangre de nuestras venas.

—No debemos, pues, apresurarnos á beber, y apurar hasta el sorbo último en una copa donde queda todavía tanto licor que beber á nuestros jóvenes labios.

—Catalina.

—Santiago.

—¿Me quieres?

—Te idolatro.

—¿Eres mi esposa?

—Por toda una eternidad.

—Debes, pues, obedecerme.

—De rodillas.

—Pues vámonos.

—Vámonos.

—Recojámonos en nuestro nido.

—Cuantas veces me has dicho cómo deseabas ser el pañuelo que ceñía yo á mi

garganta; el puñado de heno que daba yo á mis ovejas; la flor que ponía yo en mi cuello; el suspiro que salía ó el aire que penetraba en mi pecho; el suelo por donde iban mis pisadas, y el cielo que iluminaba y esclarecía mi rostro. Pues ya eres mi marido, y yo tu mujer. Ya eres en mí misma y á mi lado mucho más que todo eso. No tengas, pues, impaciencia.

—La tengo, y muy grande,—dijo Santiago, estrechando con su brazo todavía más el cuerpo de Catalina, la tengo, y muy grande, repito, por tomar posesión de mi mujer, que me pertenece, y en la cual quiero ejercer todo mi dominio.

—Ya sabes que soy tuya.

—Sí, mía de alma, mía de pensamiento, mía de corazón, mía por el recuerdo, mía por la esperanza, mas aún me falta una parte de tu sér, y quiero por mi legítimo derecho poseerla. Vamos, vamos á nuestro cuarto.

—Vamos,—dijo Catalina resuelta.

Y cuando los dos jóvenes se dirigían á su cuarto, aparecieron de pronto, como si los hubiera el suelo abortado, un grupo de jinetes, caballeros en briosos alazanes, que comenzaron á caracolear por aquella pla-

zoleta con grande aire de alegría y de fiesta. No queremos, ni mucho menos necesitamos decir al buen lector, que aquellos jinetes eran la partida del conde mismo de la comarca, resuelto, muy resuelto en su voluptuosidad á perpetrar y consumir el desaguizado que había concebido desde la tarde nefasta, en que topara con Catalina y Santiaguillo, al volver estos de la fuente rústica en uno de sus amorosos inocentísimos paseos. Para disimular, había salido del castillo, acompañado tan solo de un paje, y á las pocas revueltas del camino había encontrado la gente allí apostada y requerida con ánimo de llevar á término una empresa, en la cual se corría de seguro más de un riesgo. Así, mientras los dos novios decían á la puerta de su hogar y al resplandor de la luna tantas y tan vivas ternezas, el bárbaro iba maquinando en su loco deseo el modo de romper tamaña felicidad, y de interponerse como cuerpo de diablo entre la feliz y amorosísima pareja. Pocas veces se ha semejado tanto un mortal de la realidad al Satanás de la leyenda; pues pocas veces una criatura humana se habrá holgado y complacido tanto en destruir la felicidad ajena, y deslustrar con su aliento la luz des-

prendida por dos almas venturosas en la expansión bendita de su amor. No hay para qué decir cómo el caracoleo de los caballos y el vocerío de los jinetes desconcertarian de pronto á los dos novios que iban á recogerse ya tras la resistencia opuesta por el instinto indeliberado de Catalina, como para dar mayor aumento y realce al placer. Santiaguillo creyó al pronto que los tales jinetes eran viajeros descaminados, los cuales, buscando su posada para pernoctar, la habían equivocado con la casa de su suegro, escogida y designada para pasar su noche de novio.

—¿Dónde van?—preguntó contrariado con una contrariedad inexplicable.

—Vamos en busca de Santiaguillo el posadero,—dijo una voz estridente.

—Pues aquí no es.

—¿Cómo que no es aquí?

—No. Su posada está más lejos.

—¿Dónde?

—Allá, como media legua hacia adelante.

—Si no buscamos la posada, buscamos el posadero.

—¿A qué?—preguntó Santiaguillo.

—Mejor todavía, no buscamos al posadero, buscamos á la posadera.

—¿Cómo es eso?

—Como que soy yo su dueño,—dijo el conde con voz estentórea desembozándose ante Santiaguillo.

—¡El conde!—gritó Santiago.

—Sí, el conde,—añadió éste.

—Señor,—y los dientes de Santiaguillo rechinaban de rabia diciendo tal palabra.

—Siervo,—y el acento del conde tomaba una extraña solemnidad evocando este horrible título.

—Bajemos,—gritó el conde.

—Bajemos,—dijeron á una en coro todos sus acompañantes.

—Pero, ¿qué hay?—preguntó Santiago.

—Ahora lo verás,—dijo el conde.

—Señor,—murmuró Santiago,—á quien terribles presentimientos anudaban la voz en la garganta.

—A pesar de la luna, está la noche oscura,—dijo el conde.

—Muy oscura,—dijeron á su vez también los acompañantes.

—Mira, Santiago,—dijo el conde dirigiéndose al posadero.

—¿Qué? señor,—preguntó el posadero ya fuera de sí.

—Enciende unas hachas.

—Voy, señor,—y tomó á Catalina de la mano para conducirla desde luego al cuarto nupcial.

—¿Qué haces?—preguntó al posadero el conde.

—Vuelvo,—dijo el posadero, queriendo llevarse á su mujer.

—Déjala,—dijo el conde.

—¿Para qué?—preguntó el posadero.

—Para que podamos verla,—replicó el conde.

—Casualmente, sólo ella nos trae aquí,—dijo uno de los acompañantes.

—Por hermosa,—añadió otro.

—Y por buena,—dijo otro.

—Y por adorno de estos campos coreó un tercero.

—Y por verdadero regocijo de la comarca,—añadió un cuarto.

—Gracias, señores, gracias,—dijo Catalina cada vez más contrariada de aquel imprevisto impedimento surgido en el minuto más supremo de su felicidad.

—Vamos, Santiago,—gritó de nuevo el conde.

—¿Qué? señor,—preguntó Santiago de nuevo.

—Que traigas las antorchas.

—¿Cómo las antorchas?

—Pues no te dije antes que te las trajeras.

—¡Si está la noche tan clara con esa luna tan hermosa!—observó Santiago maquinalmente.

—No importa.

—Iré por las antorchas,—y el joven iba perdiendo ya la paciencia.

—Vé pronto,—le volvió á decir imperiosamente el conde.

—Vamos,—le dijo Santiago á Catalina.

—¿Cómo?—preguntó el conde.

—¿Qué?—preguntó Santiaguillo á su vez.

—¿Para ir en busca de unas antorchas, necesitas llevarte á tu mujer?

—Ya se ve.

—Pues no se ve.

—Señor.

—Santiago.

—¿Queréis burlaros de mí?

—¿Cómo burlarme de tí?

—Señor, de mí.

—Y si quisiera...

—Sepámoslo.

—Si quisiera, Santiago.

—¡Oh!—y un penoso quejido salió del pecho destrozado de Santiago.

—Tengo derecho á ello.

—¿Derecho á burlaros de mí?

—Sí.

—Lo tendréis á oprimirme, no lo tenéis á ridiculizarme.

—Santiago,—dijo el conde.

—Señor,—volvió á decir Santiago cada vez más impaciente y fuera de sí.

—Cómo tiembla tu mano,—le observó al esposo Catalina en muy baja voz y al oído.

—Morirá esta noche á mis manos el infame.

A su vez exclamó Santiago al oído de su mujer.

—Catalina,—dijo el conde tendiendo la mano á la pobre muchacha.

—¡Oh!—exclamó Catalina retirando instintivamente la mano.

—Jamás, señor, jamás,—añadió Santiago interponiéndose con imperio entre los atrevidos ademanes del conde y el cuerpo de su mujer.

—Calle,—dijo el conde, calle, bellaco, se cree un verdadero marido.

—¿Un verdadero marido?—preguntaron á una en coro los caballeros acompañantes.

—Santiago, van armados todos hasta los dientes,—dijo temblando la mujer al marido.

—Ya lo veo,—replicó el marido, cuyas quijadas rechinaban con el estruendoso ruido que pueden producir las muelas de un molino.

—¡Qué horrible noche!—dijo Catalina en el oído de su esposo.

—No lo sabes tú bien,—volvió á decirle Santiago con aire cada vez más sombrío.

—Hemos llegado á tiempo,—dijo el conde.

—¿A tiempo de qué?—preguntó Santiago.

—A tiempo de impedir que os hubierais entrado en vuestro cuarto, y ¡cataplum! se hubiera perdido mi privilegio.

—¿Qué privilegio?

—El que vengo á ejercitar ahora.

—¿Cómo?—dijo Santiago, á quien le faltaba por completo la paciencia.

—Como lo oyes.

—¿Se resiste el cuitado?—preguntó uno de los cortesanos.

—Vaya si se resiste,—repuso el conde.

—Soberbio,—dijo uno.

—Ignorante,—dijo otro.

—Bruto,—exclamó un tercero.

—Animal de carga,—le arrojó á la cara otro.

—Señores,—gritó Santiaguillo.

—¿Qué? preguntaron todos á una.

—Que voy perdiendo la paciencia.

—Pues ya la puedes perder cuando quieras,—le contestó bufonamente uno de los cortesanos.

—Somos treinta contra tí solo,—dijo un segundo.

—Y traemos toda clase de armas,—añadió un tercero.

—Y podemos derribarte de un tiro como á cualquier cuervo.

—Además yo tengo derecho de vida y muerte sobre todos mis siervos,—exclamó el conde.

—Tendréis derecho á mi vida; pero no tenéis derecho á mi honor.

—¿Tú crees que un siervo tiene honor?—preguntó el conde con ruidosa carcajada.

—Lo tienen, señor, los siervos que ahora en Alemania viven, pues, emancipadas sus conciencias, no pueden por mucho tiempo estar esclavos y rendidos sus brazos.

—No llevas una cadena, porque yo no quiero,—dijo el conde con arrogancia.

—Pues, aunque la pusieráis sobre mis hombros, y fuera tan pesada como ese castillo donde anidáis, con sus barbacas, y sus torreones y sus almenas, y sus puentes le-

vadizos y sus saeteras, había de romperla un esfuerzo impelido por mi conciencia.

—Santiago—le decía Catalina con horror al oído.

—¿Qué? hija mía,—le contestaba el infeliz Santiago.

—Que te van á matar.

—No temas,—añadía para infundir una tranquilidad á su mujer que no sentía él en su pecho.

—Vamos, déjate de vanas declamaciones,—dijo uno de los cortesanos.

—Y de tonterías,—añadió á su vez un segundo.

—Y de resistencias inútiles,—observó un tercero.

—El conde impera en esta comarca vuestra, como impera el sol en los cielos y Dios en el sol,—exclamó á su vez otro.

—No hay más remedio que resignarse,—repitieron varios.

—Me pertenece la primera medida de vuestros cereales; me pertenece la primera cria de vuestro ganado; me pertenecen las primeras horas de vuestra faena diaria; me pertenece la primera noche de vuestras bodas. Vengo á reclamar lo que me pertenece—dijo el conde.